

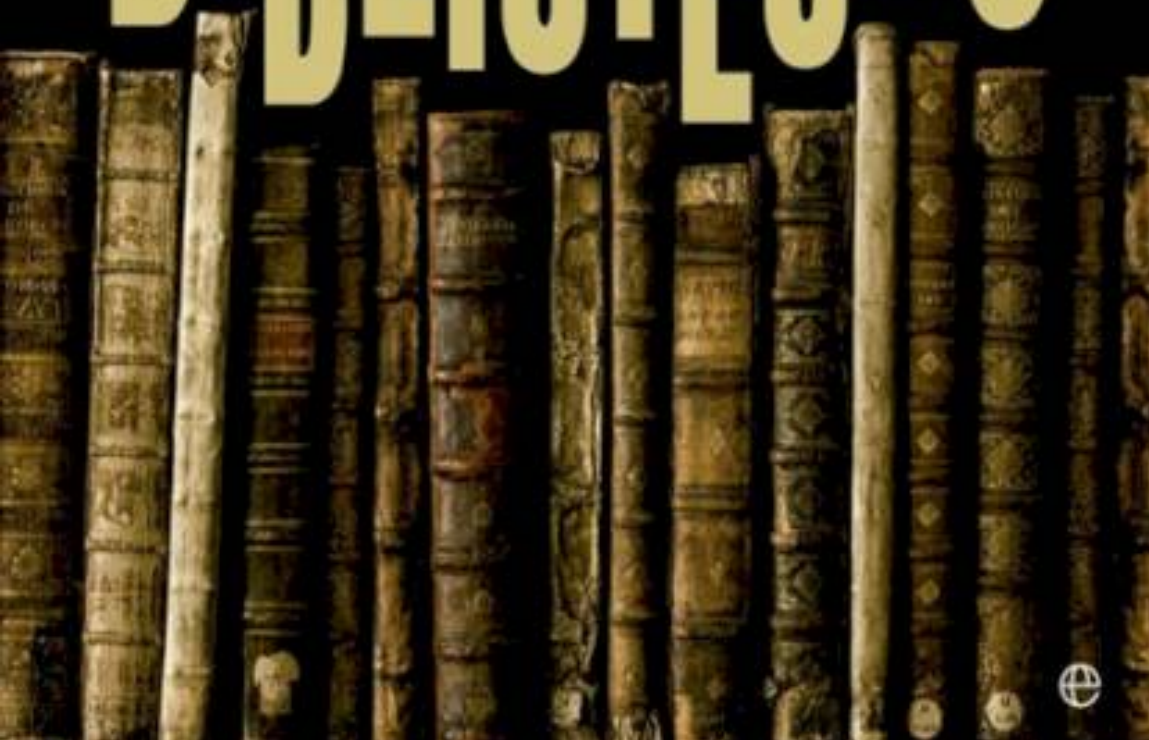
Stuart A. P. Murray



UNA HISTORIA
ILUSTRADA



BIBLIOTECAS



ÍNDICE

Prólogo, por Nicholas A. Basbanes

Introducción, por Donald G. Davis, Jr.

Capítulo 1. LAS BIBLIOTECAS DE LA ANTIGÜEDAD

Capítulo 2. LAS BIBLIOTECAS EUROPEAS DE LA EDAD MEDIA

Capítulo 3. ASIA Y EL ISLAM

Capítulo 4. LA ALTA EDAD MEDIA EUROPEA

Capítulo 5. DEL RENACIMIENTO A LA REFORMA

Capítulo 6. LA GENTE DEL LIBRO

Capítulo 7. LA GUERRA Y UNA EDAD DE ORO

Capítulo 8. LAS BIBLIOTECAS EN LA NORTEAMÉRICA COLONIAL

Capítulo 9. LAS BIBLIOTECAS EN LOS COMIENZOS DE LOS ESTADOS
UNIDOS

Capítulo 10. EL MOVIMIENTO BIBLIOTECARIO

Capítulo 11. LA ORGANIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Capítulo 12. BIBLIOTECAS, BIBLIOTECARIOS Y CENTROS AUDIOVI-
SUALES

BIBLIOTECAS DEL MUNDO

Biblioteca Nacional de Francia

Biblioteca Británica

Biblioteca Nacional Austriaca

Biblioteca Nacional de Rusia

Biblioteca del Estado Ruso (Moscú)

Biblioteca y Archivos de Canadá

Biblioteca Pública de Toronto (Canadá)

Biblioteca y Archivos Nacionales de Quebec (Canadá)

Biblioteca Real de Bélgica

Biblioteca Real de Holanda

Bibliotecas Públicas de Hong Kong (China)

Bibliotecas nacionales italianas

Bibliotecas Públicas de la Ciudad de Nueva York

Biblioteca Pública de Boston

Biblioteca Pública de Chicago

Bibliotecas de los Ángeles

Biblioteca Nacional de China (Pekín)
Biblioteca de Shanghái (China)
Biblioteca Nacional Alemana
Biblioteca de la Academia de Ciencias de Rusia
Biblioteca de Londres
Biblioteca Nacional de Australia
Biblioteca de la Dieta Nacional de Japón
Biblioteca Nacional y Universitaria Judía (Israel)
Biblioteca Nacional de Brasil
Biblioteca de la Universidad Jagelónica (Polonia)
Biblioteca Nacional de Irán
Biblioteca Nacional de Pakistán
Biblioteca Alejandrina (Egipto)
Biblioteca Nacional de la India
Herzog August Bibliothek (Alemania)
Bibliotheca Philosophica Hermetica (Ámsterdam)
Biblioteca de la abadía de St. Gall (Suiza)
Biblioteca Kederminster (Inglaterra)
Biblioteca Huntington (Estados Unidos)
Biblioteca Shakespeare de Folger (Estados Unidos)
American Antiquarian Society (Estados Unidos)
Biblioteca Newberry (Estados Unidos)
Biblioteca de la Universidad de Cambridge (Inglaterra)
Biblioteca Nacional de Medicina (Estados Unidos)
Universidad de Texas (Estados Unidos)
Bibliotecas de la Universidad de Harvard (Estados Unidos)
Biblioteca Bodleyana (Inglaterra)
Biblioteca Vaticana (Roma)
Biblioteca Clark (Estados Unidos)
Bibliotecas de la Institución Smithsonian (Estados Unidos)
Biblioteca Nacional de España

Agradecimientos

Fuentes de las ilustraciones

Lecturas complementarias

Notas

Créditos

Para Els.

El ratón de biblioteca, de Carl Spitzweg (1808-1885).

PRÓLOGO

Durante los más oscuros días de la Gran Depresión, un conocido bibliófilo llamado Paul Jourdan-Smith escribió un sentido homenaje al eterno poder de la lectura, en el cual incluyó de pasada un comentario sobre la incesante miseria que veía por todas partes:

Este no es el momento para que un coleccionista abandone sus libros. Puede que tenga que abandonar su casa, renunciar a su viaje a Europa y deshacerse de su coche; pero sus libros lo esperan pacientes para ofrecerle su confort y proporcionarle regocijo. Le dirán que los bancos y las civilizaciones ya se han hundido antes, que ya hubo gobiernos a punto de irse a pique y que los hombres han sido tontos en todas las épocas, pero que se trata de algo muy divertido. Los dioses se ríen al ver lo que sucede, ¿por qué no habríamos de seguir su ejemplo?

Publicado en un libro de 1933 muy adecuadamente titulado *For the love of books* (Por amor a los libros), el comentario de Jourdan-Smith se produjo en un momento en el cual personas de todos los Estados Unidos estaban acudiendo a sus bibliotecas locales en unas cantidades nunca vistas, precisamente por los motivos que él mencionaba, convirtiéndolas así en santuarios de primera mano durante una época especialmente dura. Una extendida confianza en estas notables instituciones dedicadas a conservar la cultura—cinco mil años llevan funcionando, como aprendemos gracias a la muy útil investigación de Stuart Murray— que persistió durante el largo trauma que supuso la Segunda Guerra Mundial.

Una semana después del ataque japonés contra Pearl Harbor en 1941, el carismático alcalde de Nueva York Fiorello H. La Guardia apareció en las ondas de la emisora WNYC, en lo que fue la primera de una serie de emisiones nocturnas dominicales durante las cuales se dirigía directamente a sus electores para mantenerlos al tanto de los acontecimientos mundiales, al tiempo que los animaba con su charla. El hombre al que con afecto llamaban «Little flower» (Florecita) tenía por costumbre terminar sus comentarios diciendo «paciencia y fortaleza», un tranquilo consejo que consideraba podría ayudar a sus oyentes a soportar el largo suplicio que se avecinaba.

Tan inspirador fue el mensaje de consuelo y esperanza de La Guardia, que «Paciencia» y «Fortaleza» fueron adoptados como los nombres no oficiales de los majestuosos leones tallados en mármol rosa de Tennessee que protegen la entrada a la Biblioteca Pública de Nueva York, sita en la Quinta Avenida de Manhattan. A pesar de la preocupación de algunos grupos de gentes cortas de miras, los cuales sostienen que la tecnología ha convertido a las bibliotecas del siglo XXI en algo pintoresco y obsoleto, en realidad estos nombres han renovado su significado, sobre todo cuando una crisis financiera de proporciones monumentales se dejó sentir durante los primeros meses de 2009. Según fueron empeorando las cosas, comenzaron a llegar informes de que las bibliotecas estaban teniendo más usuarios que nunca; una circunstancia especialmente curiosa si tenemos en cuenta que muchas de ellas fueron de las primeras instituciones en sufrir en sus carnes importantes recortes del presupuesto.

En Nueva York el número de usuarios de 2008 creció un 13 por ciento respecto al año anterior, con un préstamo que alcanzó los veintiún millones cien mil de ejemplares, un incremento cercano a los cuatro millones. Una tendencia semejante se observó de costa a costa en todo Estados Unidos y la American Library Association (ALA) (Asociación

Estadounidense de Bibliotecas y Bibliotecarios) informó de que en ese momento había más carnets de préstamo activos que en ningún otro momento de la historia. En 2008 los estadounidenses visitaron sus bibliotecas mil trescientos millones de veces y sacaron en préstamo más de dos mil millones de objetos, lo cual supuso un incremento del 10 por ciento en ambos apartados. «Se trata de un fenómeno de alcance nacional», como informó el presidente de la ALA a las noticias de la NBC. «El uso de las bibliotecas crece en todas partes». Es una pena, podría haber añadido, que algunas personas necesiten de los malos tiempos para darse cuenta de lo indispensables que son estas notables instituciones. Lo que sigue a continuación es una elocuente narración de su noble historia, tal cual se ha desarrollado desde los tiempos más pretéritos hasta el presente. Como ya nos recordara en el siglo XIX el historiador escocés John Hill Burton en su *The book-hunter* (El cazador de libros): «Una gran biblioteca no puede crearse, es el resultado de siglos».

NICHOLAS A. BASBANES

INTRODUCCIÓN

Las bibliotecas, o colecciones de conocimiento escrito, son la memoria colectiva de la raza humana. La historia de las bibliotecas es la saga de aquello que nuestros predecesores consideraron que era lo bastante importante como para ser puesto por escrito y preservado con vistas a informar o ilustrar a futuros lectores. Por este motivo todas las bibliotecas son actos de fe; fe en que las generaciones futuras utilizarán el contenido de las mismas.

El registro de los logros culturales humanos se realiza principalmente por escrito y mediante gráficos preservados para las generaciones venideras. Los archivos y las bibliotecas nos permiten comprender nuestros monumentos y artefactos e interpretar su contenido y el contexto en el cual llegaron a existir. La historia de las bibliotecas es una historia cultural universal, vista a través de unas gafas cuyos lentes tienen el color de esas mismas bibliotecas. La presente obra es una breve historia que sirve de modesta introducción a la historia humana en relación con el registro transmitido de la civilización.

Esta obra, que comienza con los orígenes de la escritura y los resultantes primeros documentos y libros, resume vastos períodos de tiempo y múltiples tradiciones regionales y nacionales, para terminar con la globalización de las fuentes de información. Los pasos que estamos dando actualmente hacia una información electrónica accesible son una extensión de la tarea clásica de la biblioteca: reunir materiales y lectores, no solo por mero placer, sino como un modo de producir más conocimiento todavía.

Tras un capítulo dedicado a las bibliotecas de la Antigüedad, la investigación continúa con un equilibrado tratamiento del desarrollo de las bibliotecas en el mundo hasta mediados del segundo milenio. A partir de entonces, siguiendo el esquema utilizado por otros muchos historiadores de las bibliotecas, la narración combina un tratamiento cronológico con relevantes cuestiones continentales y nacionales. El énfasis recae en las bibliotecas norteamericanas, pero pocas del resto del mundo quedan fuera. En Europa y los Estados Unidos predominan las bibliotecas de todo tipo con buenos presupuestos, y especialmente interesante resulta la aparición de las bibliotecas públicas, que proporcionan libros y documentos audiovisuales del gusto de todos los niveles de la sociedad. El libro termina con unas breves descripciones de un buen grupo de bibliotecas notables y representativas (en total más de cincuenta).

No se han de subestimar las difíciles elecciones que han de tomarse al escribir una obra de extensión limitada, pero con un objetivo tan amplio. Narrar la fascinante historia de la producción, transmisión, preservación, organización y utilización del conocimiento humano acumulado —y hacerlo con un estilo que resulte atractivo para la gran mayoría de los lectores— es tanto un desafío como una tarea que merece la pena emprender. Todos —desde los historiadores de las bibliotecas hasta los estudiosos de la cultura, pasando por el público general y los lectores jóvenes— tendrán algo que decir sobre qué debería haberse incluido u omitido en el texto y las ilustraciones. En modo alguno tienen los bibliotecarios un pensamiento único, ¡no cabe la menor duda!; pero el esfuerzo de contar esta historia, por breve e incluso idiosincrásica que sea, merece la pena.

Varios tipos de lectores encontrarán útil esta obra. Están los usuarios de bibliotecas, que sentirán curiosidad por saber cómo llegaron a formarse algunas colecciones y cómo evolucionaron a lo largo de la historia. Otros encontrarán en el libro un estímulo para ponerse a leer y aprender

más sobre las bibliotecas. Por último, es muy posible que haya lectores y amantes de las bibliotecas a quienes el texto y las ilustraciones animen a visitar algunas de las instituciones mencionadas en este breve recorrido por su historia.

Cualquiera que sea el punto de vista con el cual el lector se acerque al libro y cualquiera que sea el propósito para el que lo utilice, quienes se sientan atraídos por él coincidirán al menos en una cosa: las bibliotecas nos recuerdan nuestra humanidad, preservan nuestro legado como especie y nos proporcionan los sillares intelectuales con los que construir el futuro.

DONALD G. DAVIS, JR.

Catedrático emérito de Historia de las Bibliotecas
Escuela de Información y Departamento de Historia
Universidad de Texas, Austin

«Para la inauguración de la nueva biblioteca de la ciudad,
Boston»

Tras la siempre abierta puerta
ninguna pica debe cercar un desmoronante trono,
ningún lacayo arrastrarse, ningún cortesano atender;
¡este palacio pertenece al pueblo!

OLIVER WENDELL HOLMES, 1888



El rey asirio Asurbanipal se acerca a su presa durante una cacería de leones. Panel de alabastro tallado en el siglo VII a. C. para decorar el palacio de Nínive.

Capítulo 1

LAS BIBLIOTECAS DE LA ANTIGÜEDAD

Una noche de diciembre de 1853, varios grupos de trabajadores con picos y palas se afanaban a la luz de las lámparas de aceite en llenar de arenosos escombros espuestas y carretillas. Se creía que bajo sus pies yacía un antiguo palacio, parte de las ruinas de Nínive, la capital de la poderosa Asiria desde el siglo IX al VII a. C., destruida por los babilonios en el 612 a. C., arrasada y dejada para que fuera pasto de las arenas y los vientos del desierto.

Los hombres trabajaban tras la caída de la noche, en secreto, porque el yacimiento estaba reservado para un arqueólogo francés rival que lo había dejado abandonado durante demasiado tiempo, pero quien podía expulsarlos si los encontraba allí. Los trabajadores, procedentes de la cercana Mosul, estaban dirigidos por Hormuzd Rassam (1826-1910), un cristiano asirio y nativo de esa ciudad. Rassam, quien había estudiado en Oxford, estaba financiado por el Museo Británico, que hacía lo propio con varias excavaciones en marcha y recibía los mejores hallazgos. Si los hombres de Rassam encontraban algo importante, el código arqueológico por entonces reinante les permitiría seguir excavando y el museo podría ser el primero en elegir entre las piezas descubiertas.

En un informe, Rassam escribió sobre sus temores de esa noche mientras veía trabajar a sus hombres y se acercaba el amanecer. Si los expulsaban antes de haber encontrado una estructura, él sería acusado de excavador furtivo, ridiculizado y los miembros del consejo del museo lo despedirían. Fue entonces cuando se escuchó el grito de: «Soooar!», que significa «imágenes». «Para gran placer de todos habíamos encontrado un muro de mármol», escribió Rassam.

El trabajo continuó al tiempo que crecía la emoción. Apareció un «precioso bajorrelieve en perfecto estado de conservación» que mostraba a un rey tallado en alabastro, armado con arco y lanza, de pie sobre un carruaje mientras cazaba leones. La excavación no tardó en revelar una estrecha habitación, un «salón», como lo llamó Rassam.

De repente, un terraplén unido a la escultura se derrumbó, «exponiendo a la vista un encantador espectáculo». Rassam sintió un estallido de emoción «que recorrió a todo el grupo como una descarga eléctrica»:

Todos se apresuraron a acercarse para ver el nuevo descubrimiento y, tras haber mirado el bajorrelieve maravillados, se juntaron y comenzaron a bailar y cantar mis alabanzas, con la melodía de su canto de guerra, con todas sus fuerzas. Por unos instantes no supe cuál era el sentimiento más agradable de los que me embargaban, si la alegría de mis fieles trabajadores o el hallazgo del nuevo palacio.

El trascendental descubrimiento llevaría a otras esculturas y salones más grandes, a lienzos enteros de muralla con entradas pavimentadas con mármol, decoradas con rosetas y lotos tallados. Así comenzó la excavación, palada a palada, del palacio de Asurbanipal (625-587 a. C.), último gobernante de Asiria. Rassam encontró que todos los muros de la «sala de la caza del león» del rey estaban cubiertos con escenas talladas en alabastro, pero también algo menos dramático: